

En los 50 años del Concilio Vaticano II¹

Juan Ochagavía S.J.

Pontificia Universidad Católica de Chile

Dios trabaja en nuestra historia desde dentro del mundo, con sus tiempos, corrientes y perspectivas. Madura los procesos lentamente y utiliza las mediaciones humanas. Es preciso tener esto en cuenta para entender por qué hemos tardado tanto en llevar a la práctica el Concilio y hayamos tenido que esperar a que viniera el Papa Francisco a “hacer líos”.

En este rato me limito a recordar siete de los énfasis principales del Concilio. Son siete tareas que tenemos pendientes y que hoy en la Iglesia estamos empeñados, con un cierto liderazgo del Papa Francisco, de ponernos al día y sacarlas adelante.

Siete énfasis principales del Concilio

A mi modo de ver, lo más incisivo y revolucionario del Concilio no consiste en una idea específica ni está en un documento en particular sino que es su fuerte impulso a una amplia y profunda renovación de la Iglesia según Cristo. Juan XXIII quiso que el Concilio fuese una puesta al día de la Iglesia (*aggiornamento*). Que abriera ventanas para dejar circular un nuevo viento del Espíritu. Que se acercase al mundo y que entrase en diálogo ecuménico con los hermanos separados, preparando así la unidad del género humano².

En términos de la EG, es lo que el papa Francisco pide cuando nos urge a convertirnos a Jesucristo y a ser, como él, una “Iglesia en salida”, “primerear” (EG).

1. Reforma y conversión, perder el miedo al cambio

Al inicio del Concilio no se veía claro cuán profundo era el cambio que el Espíritu quería para la Iglesia; pero se fue viendo a medida que se avanzaba en la meditación y el debate de los temas. De los primeros pedidos –el cambiar la lengua de la liturgia, abreviar el breviario de los clérigos y establecer el diaconado para hombres casados–, el Espíritu fue llevando al Concilio a sueños mucho más radicales, venciendo el miedo al cambio y confiando todo en el Señor que pilota la barca de la Iglesia.

¹ Ponencia ofrecida en la Jornada Teológico-Pastoral, UC del Maule, Octubre 2015.

² Concilio Vaticano II, Discurso inaugural, 11 octubre 1962.

Hemos de entender el Concilio como un Concilio de reforma y conversión: conversión al Dios de Jesucristo, conversión a un modo más evangélico de ser Iglesia, conversión a los grandes horizontes de la fe, conversión de los corazones, de las instituciones y de las estructuras, conversión a hacernos luz para los pueblos (LG) y servidores del mundo (así GS).

2. Pueblo de Dios peregrinante

La imagen preferida por el Concilio para nombrar a la Iglesia es la de “Pueblo de Dios”. Es la que tiene mayor raigambre bíblica y la que destaca aquello en que todos somos iguales en razón del bautismo: la dignidad de ser llamados por Dios a ser su Pueblo, su familia, sus hijos, sus amigos muy queridos. Es la imagen que nos desinstala de nuestros acomodados, búsqueda de riquezas e idolatrías.

El capítulo de *Lumen Gentium* sobre el Pueblo de Dios, –gestado en medio de una fuerte oposición de la minoría contra la mayoría– es de tal densidad que podemos decir que contiene como en un núcleo todo el Concilio. Pienso que, en línea con la Palabra de Dios, es el aporte más grande del Vaticano II y que, a cincuenta años de su inicio, estamos recién empezando a entrever lo que encierra y las conversiones a que nos llama.

No hemos de contentarnos con ver en la imagen Pueblo de Dios sólo un llamado a la igualdad en el sentido político de la palabra democracia. Es también esto, pero es mucho más porque la igualdad se funda en el llamado que Dios nos hace a ser sus hijos, a vivir divinizados en Cristo y a dejarnos conducir por el Espíritu, que pone en nosotros el amor a Dios y al prójimo y el impulso a salir en misión a anunciar al mundo esta Buena Nueva.

El Pueblo de Dios se reconoce peregrino siempre en búsqueda pero no se desespera; se siente santo y muy amado por Dios, pero a la vez pecador y necesitado de perdón; no está ligado a los poderosos de este mundo sino que sigue el anonadamiento de Cristo, su Cabeza; es débil y despreciado por muchos, pero también está lleno de fuerza para seguir su marcha, fortalecido por las preces de sus conciudadanos que ya alcanzaron la Patria.

En el Pueblo de Dios todos son sacerdotes, profetas y reyes; todos llamados a la santidad mediante la celebración de los sacramentos y el seguimiento e imitación de Cristo; todos receptores de los dones y carismas del Espíritu; todos aportando con sus gracias particulares a la catolicidad de la única Iglesia; todos unidos entre sí; todos vinculados con los cristianos no católicos, con los creyentes de otras religiones y con los que, tal vez sin saberlo, buscan a Dios en tanteos y oscuridades. Lo reitero,

este capítulo contiene en germen todo el Concilio, también el tema del episcopado y de la colegialidad, que serán tratados por el capítulo siguiente de *Lumen Gentium*. Encierra un desafío que nos tendrá ocupados por mucho tiempo.

Papa Francisco: Es sabida su particular preferencia por la imagen de “Pueblo de Dios”. Como substrato humano, le viene del peronismo; pero como creyente le viene de la Biblia y el Concilio.

3. A la luz de la Palabra

¿Con qué vara ha de medirse la Iglesia para su reforma y conversión? Para el Concilio no puede ser otra sino la Palabra de Dios, volver a la Biblia. Fue su intención recuperar la Biblia. Los mejores textos del Concilio –*Lumen Gentium, Dei Verbum, Gaudium et Spes, Ad Gentes, Dignitatis Humanae*– están llenos de la fuerza de la Biblia. La Constitución *Dei Verbum* da la pauta, pero el recurso prioritario a la Biblia está presente en todos sus documentos.

El modo bíblico de hablar de Dios es de un Dios que hace historia con el mundo, con nosotros. Cuestiona radicalmente nuestras pretensiones de negarlo o reducirlo a nuestro propio tamaño y conveniencia. Es un Dios que en Jesucristo viene al mundo, a nuestra historia, se hace historia; está con nosotros, pero sin disolverse en la historia, sino asumiéndola, purificándola, transformándola, divinizándola.

Esta óptica bíblica nos saca del mundo asfixiante del positivismo, del secularismo y del racionalismo, heredados de los siglos anteriores. Este Dios aventurero en nuestro mundo nos saca de nuestro cómodo arrellanarnos en círculos estrechos y mezquinos. La mirada bíblica nos enseña a acoger al Dios que se revela por propia y libre iniciativa en medio de nuestra historia. La transmisión de los hechos salvíficos es para la Biblia más importante que la especulación racional. Es en la historia donde Él se manifiesta como el Señor rico en misericordia, que es finalmente lo único que cuenta.

El Concilio nos anima a que nos alimentemos de la Escritura:

“toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura. En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que da sustento y vigor a la Iglesia, fe firme a sus hijos, alimento al alma; y es fuente límpida y perenne de vida espiritual”³.

³ *Dei Verbum* 21.

Hacer nuestra y transmitir al mundo esta relación vital de Dios a nosotros es la gran tarea pendiente que tenemos.

También hoy es así. De ahí la importancia del discernimiento espiritual que nos entrena a discernir en concreto la voluntad de Dios en los signos de los tiempos, en la historia.

4. Enfoque y lenguaje pastoral

El Concilio elabora un estilo y un lenguaje muy únicos para hablar a los fieles y al mundo. Por tratarse de temas que tocan nuestra relación con Dios y su amor ardiente, no recurre al lenguaje imperativo y prohibitivo de los Concilios pasados. No encontramos nada de cánones ni anatemas, pero sí vastos y hermosos panoramas de la fe que nos convidan a caminar hacia ellos, apoyándonos en Cristo, que es nuestro Camino hacia el Padre.

El Concilio se esforzó por evitar palabras difíciles, lenguaje técnico sólo para iniciados, todo lo que dificulte entender su mensaje o nos desuna. Busca tender puentes, hacer contacto; tiene un espíritu positivo. Su lenguaje es el del anuncio, el de la invitación atrayente, el de las palabras de amistad, el de la comprensión al débil, el de mirar lo bueno en el otro, el de la búsqueda de consensos. En una palabra, el lenguaje del diálogo.

Este modo de hablar es reflejo de una profunda experiencia espiritual, ya presente en algunos pioneros del pre-Concilio, y que el Vaticano II hizo suya bajo la conducción del Espíritu. No es algo periférico o externo al Concilio sino que le viene de sus fuentes más profundas, que son la Biblia, la liturgia y los Padres de la Iglesia. Es el lenguaje pastoral, en que no se separa la doctrina ni la moral de la vida espiritual personal y comunitaria. Este es el modo de hablar de la Trinidad, que así actúa en nosotros y nos habla en el mundo.

Parte de las tensiones entre la minoría y la mayoría conciliar hemos de atribuirlos a la incomprensión por parte de aquella del modo trinitario de hablar. En el post-Concilio también ha habido veces en que lo hemos olvidado, y es una de las cosas que tenemos que lamentar y corregir. Como dijimos, no se trata de exterioridades sino del fundamento en el que vivimos, la Trinidad. Es un tema permanente por revisar, si queremos ser fieles a la Biblia, que pide que todos los hijos de Dios nos respetemos en nuestras diferencias y nos amemos.

Esto llama la atención a todos en el lenguaje del papa Francisco.

5. Colegial y dialogante

En lo que toca a la relación entre el Papa y los demás Obispos, la colegialidad se abrió paso muy dificultosamente en el Concilio. Siglos de un creciente centralismo romano hacían difícil encontrar la fórmula que reconciliara esta doctrina con el primado e infalibilidad papal. Pero triunfó por fin, y quedó consagrado en los documentos, que la colegialidad es una exigencia sacramental de la ordenación de los Obispos. Es un término técnico para designar la responsabilidad solidaria y la interrelación de los obispos entre sí y con el Papa, su cabeza, en la misión de servir a la Iglesia. Ella perpetúa la institución de los Doce, que Jesús puso como base de su Iglesia.

Distinta de la solidaridad episcopal, pero muy ligado a ella está el “espíritu de colegialidad”, que por razón del bautismo todos estamos llamados a vivirlo en los diversos niveles. Ser Iglesia solidaria de comunión y participación es otra forma de expresar el espíritu de colegialidad que ha de marcar las relaciones entre el obispo y su clero, entre el clero y los laicos, entre los cristianos entre sí y con todo el mundo. Este espíritu contiene en sí todos los desafíos del Concilio porque su meta es que todos seamos servidores de los demás, sirviéndolos como a Cristo, renunciando a vivir como señores que buscan ser servidos y no servir.

En su último discurso al Sínodo, con ocasión de sus 50 años desde que Paulo VI lo instituyera, Francisco nos mueve a todos hacia la “sinodalidad” en todos los niveles. Se inspira en la tradición de las iglesias del Oriente y se apoya en el axioma latino: “Lo que concierne a todos ha de ser tratado por todos”. Pide sinodalidad en los consejos parroquiales, en las diócesis, en los diversos Consejos, en las Conferencias Episcopales, en las nuevas heptarquías que debiéramos impulsar, en el papado. Favorece una descentralización del gobierno de la Iglesia: que las cosas se resuelvan en terreno.

Este discurso es, –¡por fin!– el comienzo de un tema central del Vaticano II. Traerá muchas consecuencias, entre otras muchas, mayor recurso a los teólogos, liturgistas, canonistas, biblistas, etc. en las iglesias locales.

6. Iglesia servidora del mundo, especialmente de los pobres

La Iglesia del Vaticano II quiere ser servidora del mundo y piensa que no puede hacerle mayor servicio que vincular el mundo a Cristo, que es quien le da solidez y consistencia para siempre. Tiene muy clavada en su mente los textos de San Pablo sobre Cristo, que recapitula para el Padre todas las cosas.

Si el hombre moderno parece aspirar a olvidarse de Dios para quedarse sólo con el mundo, Dios no cesa de penetrar en el mundo y llevarlo consigo hacia Él. A la luz de la fe, el antropocentrismo del hombre moderno, su enamoramiento del mundo, no lo vemos, como un impedimento sino como una oportunidad para la causa de Cristo. Es lo que realiza *Gaudium et Spes*, la Carta Magna del humanismo total contemporáneo, aquél que se da en Cristo y por Cristo. Jesucristo no es “*un dogma más*”, desvinculado de nuestra existencia, sino el cimiento, la presencia, la atmósfera vital y la meta siempre anhelada de todo lo humano.

A cincuenta años del inicio del Concilio, en los bamboleos de la crisis económica de la Unión Europea, y cuando una cultura del consumo y del pasarlo bien se instala por todas partes, el tema de la “Iglesia de los pobres” adquiere mayor relevancia. No es que ya no haya pobres: los hay y han surgido nuevas formas de pobreza.

Hoy no tenemos ningún cisma doctrinal importante en la Iglesia, pero sí hay un cisma económico, cultural y afectivo que nos separa de los pobres. La rutina, desesperanza y distanciamiento afectivo ante esta situación social y pastoral respecto a los pobres nos restan alegría y dinamismo evangelizador. Es visible como los pobres van cambiándose de Iglesia: se van de las capillas católicas a las evangélicas.

El “sacramento del pobre”, “la Iglesia de los pobres” es el camino que el Señor nos pone a mano para sanarnos de estas miserias. Las iglesias que han sufrido persecución y las que viven en condiciones de estrechez saben de este remedio. Esta es una tarea pendiente para la Iglesia, en la que se juega mucho de su credibilidad.

7. Viva en la esperanza de su vínculo con la Iglesia del cielo

El Espíritu Santo impulsa a la Iglesia a continuar con el Concilio.

Lo hace manteniendo en tensión creadora a iglesias en situaciones muy diversas: las iglesias jóvenes del Asia y del África, las de América Latina que viven “*el debilitamiento de la vida cristiana*”⁴; las iglesias cansadas de la vieja Europa donde empiezan a brotar flores de comienzos de primavera, las iglesias salidas del martirio del este europeo y del mundo árabe.

Los escándalos sexuales de los últimos años difunden la imagen de una Iglesia muy lejos de ser gloriosa. Pero esto no nos deprime porque donde abunda el pecado sobreabunda la gracia.

⁴ Documento de *Aparecida*.

En la corrección de los desvíos post-conciliares –la “fisura” de Paulo VI– hay tensión y péndulo y no nos podemos dejar llevar por ilusiones o desilusiones demasiado fáciles. Para ello sirve mucho estar bien informados de lo que acaece en la Iglesia universal, ampliar los horizontes y salir de una catolicidad de capilla estrecha. Vale mucho la paciencia. El Concilio es tarea para tiempos largos. La Iglesia necesita estar en conversión permanente.

La conversión que más hemos de cuidar es la conversión a aceptar la Iglesia como es: la de hoy, la Católica, la de mi diócesis, con mi obispo y mi párroco. Ha de ser permanente porque ella va cambiando y nosotros también vamos cambiando. Se espera de nosotros que la amemos como se ama a la madre y a la esposa. ¡Pero sabemos cuán cambiantes pueden ser estos sentimientos!

Quien se encarga de hacernos amar la Iglesia es el Espíritu Santo. Es el Espíritu creador desde los tiempos del Big Bang en adelante. Es el santificador de toda la raza humana. Es el que nos configura con el sello y figura de Cristo y nos hace ser cristianos. Es el que en estos cincuenta años que nos separan del Concilio ha hecho Santos y mártires. Es el que promueve esa tan intensa fuerza misionera en la India, Indonesia y los países de África. Es el que hace pulular los movimientos laicales en el mundo. Es el que mantiene vivo el diálogo entre las religiones de la tierra. Es el que acompañó a Jesús para amar hasta el exceso, cargar con el pecado de todos y morir en la Cruz. Es el que en la mañana de Pascua lo resucitó, lo llenó de gloria y lo hizo ser para todos “Dador de Vida”.

El Espíritu también ha trabajado y sigue trabajando en otras religiones; entre budistas, hindúes y musulmanes; entre religiones animistas y comunidades New Age. Hoy está más atareado que nunca y un poco desconcertado porque le toca animar a tantos grupos, grupúsculos y sectas en que hay mucho de egocentrismo, inconstancia y emotividad fácil. Pero lo hace por compasión a esos hombres y mujeres, que a la larga los reunirá en la familia de los hermanos de Jesucristo en el Reino de Dios Padre.

Conclusión

Les he presentado siete grandes énfasis del Concilio: (1) llamada al aggiornamento mediante una conversión profunda y amplia, (2) del Pueblo de Dios peregrinante (3) a la luz de la Palabra, (4) con un enfoque y lenguaje pastoral, (5) en una Iglesia que quiere ser no dominadora sino servidora del mundo, con especial identificación con los pobres, (6) colegial y dialogante, (7) viva en la esperanza de su vínculo con la Iglesia del cielo.

Estos mismos grandes énfasis es lo que nos pide Dios hoy de nosotros, a través del servicio petrino de Francisco “de confirmar a los hermanos”.